

NUESTRAS CRÓNICAS

LA SANTA CRUZADA IBÉRICA



Por MIGUEL DE UNAMUNO

Hemos oído que un canónigo de la Real Colegiata de Covadonga se lamentaba de la boga que entre los devotos va adquiriendo el Cristo de Limpias. Parece que las peregrinaciones a este santuario de Limpias empiezan a hacer competencia a las de Covadonga.

El fenómeno nos parece, por otra parte, natural. No un instinto del pueblo tradicionalista, como diría un descreído, sino el dedo de Santiago, el de Clavijo, el que promovió las grandes peregrinaciones europeas medievales a Compostela, ese dedo lleva hoy a las honradas masas españolas más hacia oriente, a Limpias, para ir las acercando a su definitivo lugar de devoción y culto. Lugar que está algo a occidente y al sur de Limpias, cerca de la histórica Santillana del Mar, patria de Gil Blas.

Cerca de Santillana del Mar, patria de Gil Blas, en la provincia de Santander, pero en región genuinamente castellana, se halla la Cueva de Altamira, en que se conservan documentos de los más genuinos, más tradicionales, más puros, más castizos iberos—de los que habitaban en cavernas, de los coeláneos del oso cavernario y del reno; de los trogloditas ibéricos. Y el dedo de Santiago de Compostela y de Clavijo va llevando a las castizas muchedumbres ibéricas hacia la Cueva de Altamira, cercana a la cuna de Gil Blas.

Esperamos que un día se congrege a la flor y nata—más nata que flor—de

esas castizas muchedumbres en la prehistórica cueva, y que allí les dirija su inflamada y también prehistórica palabra el verbo del tradicionalismo ibérico, el Sr. Vázquez de Mella, para arrastrarles a una nueva cruzada. ¿Que contra qué o contra quién? Este ya no importa. Lo importante es la cruzada, que ya luego se verá lo que haya que cruzar. Acaso arrancar la ciudad de Roma del poder de los italianos garibaldinos y entregársela al Sumo Pontífice, ya que con la derrota del kaiserismo parece que se desvaneció el último sueño de restauración del poder temporal del Papa. Sueño ibérico, ¿eh?, que fuera de aquí nadie soñaba ya en eso, ni siquiera en la Iglesia.

Pero para que se pueda preparar bien la consagración de la Cueva de Altamira como santuario del castizo y prehistórico iberismo, es menester que eso de Limpias vaya a manos más expertas. ¿Por qué no se le encarga de su administración al empresario del Gran Casino de San Sebastián, ponemos por hombre práctico? Una sala de "recreos" junto a la capilla del Cristo no estaría del todo mal. Porque conviene que los cruzados se recreen. ¿Es que los cavernarios habitantes de la Cueva de Altamira no se recreaban? Estamos seguros de que cuando se logre interpretar los jeroglíficos, rupestres y cavernarios de nuestras rocas y cuevas ibéricas, se encontrará que algunos de esos signos son cuentas de ju-

gadas de mus. El mus es, sin duda, un juego ibérico de origen prehistórico, y acaso cavernario. Hoy los términos técnicos de él, como "amarraco" y "órdago", son eusquéricos o del vasconce. Y el vasconce es lo que está más cerca de la tradición troglodítica.

Esos "recreos", anejos al santuario de Limpias, servirían a la vez para contemplar el ánimo de los cruzados. Y no sólo el inocente mus, sino el monte y las siete y media—este juego tan aristocrático y hasta regio—, y la treinta y una y el bacarrat y luego la ruleta. Además, el cambiar naipes y pesetas evita tener que cambiar ideas, y esto, cambiar ideas, es lo peligroso.

Si; hay que dar vida a ese santuario hasta que llegue el día de trasladar su imagen milagrosa u otra cualquiera a la Cueva de Altamira. Aunque, mejor que esa imagen, sería la de cualquier otro Cristo más ibérico, más castizo, de esos de palo, natural y de faldillas,

ya que no dispongamos de un labaro que, según hemos oído en nuestra nativa tierra vasca, venía del "Iaubum" o cuatro cabezas, que era la cruz que los vascones adoraban antes de la venida del Cristo. Esa cruz precristiana y prehistórica se encuentra alguna vez entre los garrapatos cavernarios y rupestres. Los impios dicen que es lo que queda de la figura de un hombre al que le han quitado los pies.

Otras veces se ve otra figura, que parece ser la de un hombre sentado en el suelo, con las piernas en forma de M (eme mayúscula). No creemos que esté sentado, pues debían de sentarse en cuclillas; creemos más bien que está cara al sol naciente, mirando a oriente, al alba, en un acto de culto primitivo en que se descargaba de su eledades. La purificación del cuerpo debió de ser, como el comer, entre los pueblos primitivos un acto de culto, y acaso de culto heliolátrico. Los naturalistas vegetarianos saben algo de esto. Y ellos saben el régimen por el cual el hombre evita tener que servirse de purgantes. Aquel hombre cavernario, pues, con las piernas en M, está cumpliendo un rito prehistórico.

Pero dejando estas doctas disquisiciones de antropología paleontológica y troglodítica, quedamos en que es preciso animar y amenizar la milagrosa capilla con "recreos" modernos y bien administrados. ¿Y qué si convirtiéramos la Cueva misma de Altamira en un gran Casino troglodítico y recreativo? Donde se darían conferencias sobre la neutralidad a todo trance y costa, sobre el principio de autoridad, sobre el orden, sobre la actual indisciplina social. Y se jugaría, ¡claro está!, al mus, al tresillo, al monte, a las siete y media y al tango. ¡Y de ahí sí que resurgiría una España española e hispanófila, ibérica, castiza!

Y no digan, no, que barajamos las cosas y reñamejemos torpe y obscenamente lo sagrado con lo profano. Aquí no hay nada sagrado ni nada profano; aquí todo es anterior a esa distinción; aquí todo es prehistórico, cavernario, troglodítico y, a la vez..., recreativo. Eso de las ideas, que se quede para otros. Nuestros tontos aquí, más o menos paradójicos, nada tienen de ideas. No tenemos ni que respetar las ideas, porque aquí no hay ideas. Todo eso de Covadonga, y de Santiago el de Clavijo, y de Limpias, y de la Cueva de Altamira, y de Vázquez de Mella, todo eso nada tiene que ver con las ideas. Precisamente, la santa cruzada que hay que predicar en esa Cueva venerable es contra el intelectualismo. Porque el intelectualismo es el origen de nuestros males.

Miguel de UNAMUNO